

Señora, por favor compórtese

Capítulo 31: Amanecer en la oscuridad

Feng Qian silenció el teléfono que estaba sonando.

Sintió como si hubiera cerrado los ojos durante diez minutos cuando recibió la llamada. Demasiado agotado para preocuparse, decidió colgar. Estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Tras una noche entera sin dormir trabajando con su equipo, solo él permaneció en la oficina cuando todos los demás habían llegado al límite de sus fuerzas. Por suerte, acababa de terminar el plan de campaña hacia unos momentos.

Últimamente, la empresa tenía una grave escasez de personal, lo que obligó a Feng Qian, el jefe, a encargarse del trabajo él mismo. Años de trasnochar le habían dejado con problemas de salud persistentes, que le causaban dolor de espalda y cuello durante las horas tranquilas de la noche.

No sabía cuánto tiempo más podría aguantar. Pero cada vez que el cansancio se volvía abrumador, abría la pantalla de espera de su teléfono y contemplaba el adorable rostro de su hija.

Feng Shuyan, para él, era el niño más preciado del mundo.

La esposa de Feng Qian había fallecido debido a una enfermedad.

La suya había sido una historia de amor que se extendió durante décadas: desde novios en la secundaria hasta compañeros en la universidad, permanecieron juntos en la misma ciudad después de graduarse.

Desde compartir un estrecho apartamento de 20 metros cuadrados en sus primeros días hasta construir una vida modestamente exitosa juntos, Feng Qian consideró que



conocer a su difunta esposa fue la cosa más afortunada de su vida.

Al mismo tiempo, sintió que la había decepcionado. Había soportado tanto por él. Siempre que él estaba a punto de rendirse, ella lo consolaba y lo animaba. Incluso cuando ella misma estaba cansada del trabajo, se levantaba de la cama para prepararle un plato de fideos con huevo cuando llegaba tarde a casa.

Su vida comenzó a mejorar después del nacimiento de su hija y su negocio comenzó a prosperar.

Pero cuando Feng Shuyan cumplió tres años, su mundo se derrumbó. A su esposa le diagnosticaron un tumor.

El diagnóstico lo destrozó. En ese momento, Feng Qian sintió que todo su mundo se desmoronaba. Todo lo que siempre había deseado —compartir una vida con su esposa, ver crecer a su hija, verla triunfar en sus estudios, enamorarse, casarse y tener hijos— se le escapaba.

Cuando le descubrieron el tumor, ya era maligno. Feng Qian llevó a su esposa a todos los hospitales que encontró, vendiendo todas sus pertenencias para pagar su tratamiento. Ver desaparecer sus años de arduo trabajo no lo perturbó; solo quería mantener a su familia unida.

Nunca pudo olvidar el día en que su esposa, con el cabello perdido por la quimioterapia, yacía débilmente en su cama del hospital y dijo:

“Detente... cuida de Shuyan y vive bien.”

Cuando fue enterrada, Feng Qian sintió como si su corazón también hubiera muerto.

Durante mucho tiempo, dejó que todo se desmoronara. Incluso consideró unirse a ella en la muerte.

Durante ese tiempo, él a menudo se sentaba en un rincón, abrazando su foto, perdido en sus pensamientos.



Pero justo cuando pensó que estaba listo para seguirla...

“Papá, no tengas miedo...”

La voz infantil de Feng Shuyan lo sacó de la oscuridad.

Vio a su hija, con el cabello despeinado, el rostro pálido, su delgado cuerpo temblando, pero aún así extendiendo la mano para abrazarlo.

En ese momento, ella era como su madre: le ofrecía fuerza cuando estaba en su punto más bajo.

Su hija le trajo luz.

Una luz cegadora en la oscuridad.

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

El estridente tono de llamada volvió a sonar, interrumpiendo los pensamientos de Feng Qian.

Apenas pudo contener su frustración y respondió el teléfono a pesar de su cansancio.

¡¿Hola?! ¿Quién habla? ¿Qué quieres?

“.....”

Pero el otro extremo de la línea estaba en silencio.

Después de una pausa, la voz en el teléfono habló fríamente.

Tu hija está conmigo. Si la quieres de vuelta, nos vemos esta noche a las 6:30 en el Restaurante XX. Tenemos que hablar.

La línea se cortó y en su lugar se oyó el sonido de una señal de ocupado.

Feng Qian se quedó congelado.



El cansancio que se había apoderado de él momentos antes desapareció por completo.

Liu Changqing fue personalmente a recoger a los niños de la escuela.

Como solía comentar, su trabajo en la librería era tan relajado que parecía casi una obra de caridad. El bajo salario se compensaba con la absoluta falta de esfuerzo que requería: la mayoría de los días pasaba sentado en el mostrador viendo la televisión. De no ser por su trabajo extra como novelista, el aburrimiento habría sido insoportable.

Más temprano ese día, después de dejar a los niños en la escuela y dirigirse a la tienda, descubrió otra ronda de generosas recompensas de su misterioso benefactor.

Aunque las donaciones individuales de varios cientos de yuanes no fueron tan dramáticas como los 100.000 yuanes iniciales, la cantidad acumulada no fue nada despreciable.

Liu Changqing decidió que valía la pena fomentar una buena relación con este "cliente".

Envío un mensaje a través de la plataforma de la novela, dejando su número personal de QQ y expresando su deseo de conectar más. Sus intenciones eran claras: quería ganarse la confianza de la gente.

Si no fuera por mis hijos, ¿quién se humillaría voluntariamente de esta manera?

Hasta el momento no hubo respuesta del benefactor.

Cuando ya casi era hora de que su hija saliera de la escuela, Liu Changqing dio por finalizado el día y salió temprano de la tienda.

Al llegar a la puerta de la escuela, vio a los dos niños charlando y riendo.

La mayor parte del tiempo, era su hija la que reía.



Feng Shuyan, en cambio, irradiaba su habitual falta de energía, un rasgo que Liu Changqing había aprendido a reconocer durante el breve tiempo que habían pasado juntos. Parecía madura para su edad, demasiado para una niña de su edad.

“¿Tío gordito!”

Feng Shuyan lo vio primero y saludó mientras Liu Xiazhi rápidamente reprimió su sonrisa, adoptando deliberadamente una expresión más seria.

Al acercarse a los niños, Liu Changqing le dio un ligero golpe en la frente a Feng Shuyan, una pequeña reprimenda por llamarlo "gordito".

"¿Tienes que burlarte de mí así a propósito?" se quejó.

Dirigiéndose a su hija, le preguntó: “¿Hace mucho que esperas?”

"¿Eres demasiado lento!"

Fingiendo irritación, el tono de Liu Xiazhi tenía un matiz de regaño fingido.

Aunque seguía fingiendo que no le gustaba, Liu Changqing sentía que su relación mejoraba cada vez más. Comparada con su negativa inicial a decirle siquiera una palabra, su actitud actual era un gran avance.

Parecía el amanecer de una vida mejor en la que padre e hija podrían cerrar la brecha que los separaba.

Mientras caminaban, pasaron junto a la habitual multitud de vendedores de refrigerios y papelería cerca de la puerta de la escuela. Como era de esperar, los puestos de refrigerios superaban en número al resto.

De repente, Liu Changqing sintió un tirón en sus pantalones.



Al mirar hacia abajo, vio que Feng Shuyan había dejado de caminar.

“¿Algodón de azúcar!”

Señaló con un dedo meñique un puesto cercano.

Siguiendo su mirada, Liu Changqing frunció el ceño e inmediatamente se negó.

“Esa cosa es terrible para los dientes...”

“¿Pero se ve tan delicioso!”

Al escuchar esto, Liu Xiazhi también notó el puesto de algodón de azúcar y se iluminó de emoción.

Las chicas siempre se sintieron atraídas por las cosas bonitas.

Al ver el entusiasmo de su hija, Liu Changqing dejó escapar un suspiro de derrota, sacó su billetera y sacó algo de efectivo.

¿Qué sabor quieres?, preguntó.

Traducido por:

๕๗๐ - RexScan

